

La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
A empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,
Y aunque me da pesadumbre,
El salon de Don Fadrique
Quien pueda que se figure.

VI.

EL NOVIO.

Todos los ojos clavados
En la puerta del salon,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor,
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pos
Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado són.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera
Se percibía la voz;
Como si alguno á su paso
Demandándole atencion
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.
"¿Comprendistes?" dijo al fin
En voz clara, "Sí, señor,"
Repuso otra voz humilde,
Y él á replicar volvió:
"La hora las dos en punto,
La gente nosotros dos."
Y de sus anchas espuelas
Aspero compas se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el monton,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oír mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen capitán Don César,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasión.
Y por la estancia avanzando

En tal guisa les habló:
"Señor duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy
Pronto desde este momento
A demandaros perdon.
—Capitan, en vuestra casa
Nadie esige sino vos.
Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restriccion,
Que en todo lo que gustareis
Nos dareis gusto y honor.
—Pues cuando os venga en agrado,
Señor duque, la ocasion
Del notario aprovechemos,
Con la ley cumplamos hoy,
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religion,
Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?

—Sí, por mi vida.
—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo
Mas voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?
—Pues de ese modo abreviemos,
Que aunque por ello afficcion
Siento en el alma, esta noche
Aun mi ausencia no acabó."

Volvióse á tales palabras
El duque, y conversacion
Siguiéron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos.
"Don César, ¿llevais espada?
—Solamente á precaucion.
—Sabeis, capitán, que os debo...
—Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas.
Sino de tiempo.

—¿Por Dios
Que tomara por agravio
Que en caso de esposicion
Reclamarais el auxilio
De otro que no fuera yo!
—Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordeis de mí
Hasta que despunte el sol."
Y así el capitán diciendo
La mano de Diana asíó,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en union,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El capitán decidor,

Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un leon,
Desde la cena, la danza,
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salon.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador,
Que mientras seguia el baile
Y de los brindis el són,
El capitán y Ginés
Salian al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambren.

VII.

DOÑA INES.

Cerraron en un convento
A doña Ines de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
En volar de rosa en rosa
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca,
¿Quién puso bajo una toca
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los dias
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos!

¿Y qué la importan los sonos
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro Dios y otras canciones
Se la acuerdan entro tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oracion

Como esigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazon?

¿Para que son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos
Una fler que haga mas bellos
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pié se ensaya en la danza
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud:
Do quier que encuentra un laud
Un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando
De su mansion los cerrojos
Las horas pasó soñando,
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentacion la empuja
Aldelinear el de un hombre.

Y así se la van los dias
En suspirar y gemir,
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus piés se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes
Ha días que sin enojos
Moderaron los anteojos
Tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oración la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída
Asistía al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son
Del importuno esquilon
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el día
Y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y día afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores esquisitas
Que orgullo son del convento.

Mutación inesperada
Que á sus hermanas admira,
"Y la oveja descarriada
(Dicen) del pastor llamada
Ya á su redil se retira.

*"Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo,
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría.*

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena
Doblaban las oraciones
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios,
Si no alcanzásteis ninguna,
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto....

¿Y pensais que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubris el mundo y los ojos
Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuena,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero pese á los cerrojos
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Inés se abrasaba,
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su esceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crugió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar
Solía mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastreo
Un rondador caballero,
Que atras dejaba un caballo,

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Padieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo
El sueño de la tornera
Las llaves manoseando,
Abierta afición mostrando
Del manajo á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento,
Ni en el capitán pensado.

VIII.

AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
A caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pié de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.

Echó pié á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras
Le dijo:—Aquí esperarás;—
Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,
Del caballero en la oscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando.

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,
Y de una verja detras
Un atrio acaso hallarás
A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes
Da un paso mas, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.

¡Ves un hombre que embozado
Encorvando la figura,
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro

No hace temible el encuentro
Del capitán reñidor.

Tú, lector, preguntará:
¿Con que el capitán es ese?
El mismo, mas que te pese,
Pero hazte un poquito atras,
Porque levantando el brazo
Empuja á espacio la puerta,
Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo:

Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciáras,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.

Está el capitán en pié
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
El que ha finado á su nicho
Memoria tuvo capricho
De su opulencia ea dejar.

Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,
Salmódias le santifican,
E hisopos le perjudican
El cuerpo que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.

A veces en sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprensibles,
Negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
Se hacen oír otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados,
De los infiernos salidos.
Otras lejanas rumores
Cual de tormentas se escuchan,
O de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
Los sonos que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan
Y murmuran escorcismos.
Atónito de la escena
Estraña y aterradora
Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enagena,
Don César con paso lento
Entre la turba mezclado
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.
“¿Quién es el muerto, sabéis,
(Dijo) á quien rezando están?”
Y él respondió: “El capitán
Montoya: ¿le conocéis?”
Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.
Volvióle la espalda, pues,
Diciendo. “Me ha conocido,
Y burlárame ha querido;
Mas luego veré quién es.”
Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.
Y á un personaje que halló
De luto y que parecía
Que el trabajo dirigía,
El capitán se acercó.
“¿Para quién abren la hoya?”
Le dijo; y el enlutado
Le contestó decontado:
“Para el capitán Montoya.”
Mudósele la calor
A don César; mas repuesta
Su calma, al de respuesta
Volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda vez le miró,
Pero fué inútil trabajo.
Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.
Fuése á otro punto á situar
Diciendo: “¿Ese hombre estremece!”

De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar.”
Uno tras otro se puso
A contemplar los que via,
Mas á nadie conocía,
De lo que andaba confuso.
Tenian todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijeran que eran huecas,
A mas de antiguas y raras.
Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprension,
Llegóse á un noble varon
Que oraba con un cirial.
Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele ya con miedo:
“¿Quién es el muerto?” y muy quedo
Contestó el otro: “Montoya.”
Del catafalco á los piés
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impellido,
A ver al muerto quién es.
Por los monges atropella,
Trepa al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.
Miró y remiró, y palpó
Con afan hondo y prolijo,
Y al fin consternado Dijo:
“¿Cielo santo, y quién soy yo!”

Miró la vision horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca mas que á sí mismo.
En aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusion se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver,
Y le torna á revolver;
Cree que sueña y se sacude,
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados do quier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
A las puertas, y al dintel
Ve que despiden el duelo,
De duelo henchidos tambien,
Don Fadrique y doña Diana,
Que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus piés;
“Miradme les dice atónito,

Montoya soy, vedme bien.”
Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
E inclinando las cabezas
Replican:—Montoya fué.—
Entonces desesperado
Con angustia tan cruel
Vase otra vez hácia el muerto
Demandándole quién es.
“¿No hay quien sepa aquí quién soy?
¿No hay á salvarme poder?”
Y allá desde el presbiterio
De las rejas al través,
Oyó una voz que decia:
“Sí, te conozco mi bien:
Abre; ¿qué tardas? partamos:
Yo soy tu amor, soy tu Inés.”
Y los brazos le tendia
La de Alvarado tambien
De la reja tentadora
Tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que le persigue á su vez,
Gritaba él: Aparta, aparta;
¿Qué soy cadáver no ves?”
Y apenas palabras tales
Pronunció, cuando tras él
Vió llegarse aquel fantasma
Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo, y no le pudo
Recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo despues,
Y así con voz espantosa
Vió que le dijo: “¿Pardiez!
Tú eres quien cambia conmigo,
A mi sepultura ven.”
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya,
Falto de aliento y de piés.
“¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aun?” exclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.
“Señor, estais en mis brazos.
—¿Eres tú, Gines?
—Yo soy.
—¿Dónde estamos?
—En la cruz.
—¿Del olivar?
—Sí, señor.
—¿No estuve yo en el convento?
¿Pues quién de allí me sacó?
—Yo fuí, señor.
—¿Tú, Gines!
—Perdonad, temí por vos
Y viendo que el tiempo andaba
Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundian,
Tras vos eché.
—¿Santo Dios!
¿Y llegastes . . .

—A la iglesia.
—¿Atraído por el son?
—Señor, no he oido nada;
¿No os lo dije?
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
Los enlutados en pos
De mi cadáver?”
Miróle.
Absorto de admiracion
El mozo, y dijo:
“Soñamos,
O vos, don César, ó yo.
Ni ví, ni oí cosa alguna.
—¿Con que es mia esa vision?
¿A mis ojos solamente
Horrenda se presentó!
¿No visteis conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvacion
Que solo os hallé, tendido
Al pié del altar mayor;
Y viendo el peligro doble
Del sitio y la situacion,
Ni me detuve á pensar
Si estábais herido ó no;
Cargué con vos, y me vine;
No oí ni ví mas, señor.”
Calló Gines, y don César
A estas palabras quedó
Distraido y abismado
En honda meditacion.
Mirábale de hito en hito
Gines, que aterrado vió
De la faz del capitán
La estraña transformacion.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torvo el mirar, parecia
Mas que vivo, aparicion.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecia
Sin fuerza y sin intencion,
Amarrado á un pensamiento
Que bullia en su interior,
Y que se veia que todas
Las potencias le absorbió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible vision
Que le borra de los ojos
Cuanto ecsiste en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razon,
Dirigióle atentas frases
Con afan consolador.
Mas él ni tornó los ojos
Ni á sus veces respondió,
Ni agradeció sus cuidados
Que en nada puso atencion;
Y al cabo de largo trecho
Con repentino vigor,
Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.

Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
A todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo: "¿si tendrá los malos?"
Y á escape tras él echó

IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
A un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
A don Fadrique y don César
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El capitán asentado
En un sillón torvo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable,
Y don Fadrique colérico
En pié á su lado, las frases
Le dirige más violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el capitán
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara,
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:
"Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes,
El mundo entero no puede
A que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
Quiero de él aprovecharme
Si es un aviso del cielo
Es imposible escucharle."
Tornó al silencio don César,
Y el duque, que aunque no alcance
La razón, sospecha alguna,
Díjole sin ira casi:
"Don César, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame
Llevar no puedo en paciencia
Sin una excusa un desaire.
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿creéis
Que no sabré yo guardarle?
—Sabeis quién soy, don Fadrique,

Y por excusa esto baste,
Que no hablaré mas en ello
Si santos me lo rogasen."
Y aquí ya de don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al capitán Montoya
Con voz resuelta y pujante:
"Vive Dios, señor don César,
Que esto no es mas que un ultraje
Que hacer quereis á mi casa,
Y que está pidiendo sangre!
Si no podeis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.
—Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debeis la vida
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Llegueis hasta abofetearme,
No hareis que por causa alguna
La espada mas desenvaine.
Ni mas me la he de ceñir,
Ni mas me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga
Si Hidalgo sois, respetadle."
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacer ó vengarse:
"Señor capitán Montoya,
Vida y honor me salvásteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habeis vuelto tales,
Que no será mucho tiempo
A restableceros fácil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, don César."
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un lábio
Hasta revocar la sangre.
Entonces el capitán
Con paso medido y grave
En mitad del aposento
Fué decidido é encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
"Pensad, duque, si es bastante
A dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolución postrera:
Tomad, señor, esas llaves;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:

Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendeis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidado, don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse."
Y así el capitán diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habillitas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al capitán,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al capitán que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos días despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion,
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y majestad.

Yo trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razón, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió lo enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó